

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías, 43, 16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

Salmo (125, 1b-2ab, 2cd-3, 4-5, 6): *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses, 3, 8-14): *Corro hacia la meta.*

Evangelio (Juan 8, 1-11): *Anda, y en adelante no peques más.*

Comenzamos este domingo la última semana de la Cuaresma, llevamos, desde el Miércoles de Ceniza, preparándonos en un camino de conversión hacia la Pascua que es la novedad absoluta, el plan definitivo de Dios para la salvación del hombre. Este es el tiempo de abrir bien los ojos y los oídos, porque hay que notar que la vida de Cristo se encamina a su culminación, pasando por la muerte para desembocar en la resurrección y abrimos así el camino en la mar de la incertidumbre y un sendero en las aguas impetuosas del sinsentido y el desaliento, para llevarnos a la tierra prometida en la comunión y la libertad de los hijos de Dios. Que llegue el agua a nuestros desiertos, que corran los ríos por nuestros terrenos yermos, que el pueblo escogido pueda apagar su sed junto a la cruz de Jesús y junto a su tumba vacía. Dios está realizando algo nuevo. **¿No lo notáis?**

El profeta Isaías recuerda al pueblo, exiliado en Babilonia, su pronta liberación, el pueblo va a emprender un nuevo éxodo, donde el Señor, una vez más los conducirá a la tierra prometida. Por eso el profeta nos exhorta a no pensar en lo antiguo, a vivir la novedad de lo que se avecina: La liberación de la esclavitud. Recordar el pasado porque Dios vuelve a realizar maravillas en favor de su pueblo, como en el Éxodo, pero no añorar el pasado porque nos abrimos a la novedad de Dios, a la vuelta a la tierra. Recordar la pasada Cuaresma, las maravillas que Dios ha obrado en nosotros en este tiempo de conversión, pero sin olvidar que ha sido un camino hacia la Pascua que vamos a celebrar dentro de una semana, la muerte y resurrección de Cristo que es la novedad definitiva de Dios, la acción definitiva de Dios en favor de los hombres.

Pablo nos invita a mirar hacia adelante, a contemplar el Misterio salvador de Jesucristo, su muerte y su Resurrección y contemplando este Misterio caminar por este desierto de la vida, hacia la patria celeste. Para ello tendremos que compartir los sufrimientos de Cristo, participar de su cruz con la esperanza de compartir el Misterio de su Resurrección, a ello nos invita Pablo, a vivir la experiencia Pascual, la Muerte y Resurrección en nuestra propia experiencia de vida. Como Pablo tenemos que correr hacia la meta y esa meta es el encuentro con Cristo: **«Todo lo estimo pérdida, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor»**. Así nos marca Pablo cuál es realmente la meta de la salvación, buscar el encuentro con Cristo resucitado, esa es la auténtica meta del cristiano, el fundamento de nuestra fe y la razón de nuestra esperanza.

En este futuro de salvación, en este nuevo orden de cosas que se inauguran en la Pascua de Cristo, el Señor nos revela el rostro de un Dios que es clemente y rico en misericordia. Lo hace mediante este ejemplo que nos presenta el evangelio, donde vemos personajes que se consideraban los grandes cumplidores de la Ley, los escribas y fariseos que le presentan a Jesús a una pecadora, para poder acusarlo. Sin embargo, Jesús los enfrenta a su propio pecado: Nadie se atreve a tirar la primera piedra. El mandamiento de Dios no puede ir nunca contra el hombre. Jesús no aprueba nunca el pecado, pero siempre busca a los pecadores para que, si quieren convertirse, puedan agarrarse a la mano misericordiosa de Dios. Miremos hacia adelante y busquemos siempre el Reino de Dios y su justicia.

«No recuerden lo pasado ni piensen en lo antiguo: yo voy a realizar algo nuevo. Ya está brotando. ¿No lo notáis?». Cuanto consuelo hay en estas palabras del Señor para quien las escucha en un tiempo difícil de la vida. Creo que con mucha frecuencia nos sorprendemos a nosotros mismos pensando en el pasado. A veces con alegría, a veces con pesar. Dios no se deja vencer por la monotonía que los seres humanos ponemos en su obra para sumirnos en nuestro propio aburrimiento. Si Dios hizo tanto por nuestros antepasados, posiblemente hará otro tanto por nosotros. Volver la mirada a ese pasado no es una invitación a la nostalgia, sino a la confianza, a la esperanza.

Porque a pesar de que algunas voces digan que la Iglesia ha envejecido, el Señor nos ayuda a ver que siempre está realizando algo nuevo por sus hijos y nos convoca en una comunidad joven y llena de vida. Porque, a pesar de que a veces nos olvidemos del Evangelio o pretendamos recortarlo o acomodarlo a nuestros gustos, el Señor nos envía a alguien que nos ayude a recuperarlo de nuevo y a volvernos a lo esencial.

Porque a pesar de que a veces los pastores no hayan sabido guiar al pueblo de Dios de manera eficaz, Él no ha dejado que se pierda, sino que se encarga de hacer de alguna manera presente a su Hijo, el buen pastor, en las figuras proféticas de hombres y mujeres que con su vida y su palabra iluminan nuestro caminar.

Él desenmascara nuestras hipocresías, que nos llevan a juzgar y condenar, sin mirarnos primero a nosotros mismos, y nos ofrece la oportunidad de abrir puños y dejar caer nuestras piedras para escabullirnos sigilosamente al reconocer que tenemos bastantes pecados propios como para pretender ser jueces de los pecados ajenos. Y eso es algo nuevo. Él manifiesta su fe en nosotros, cree en nosotros y en nuestra capacidad de rehacernos, por lo cual nos invita a vivir con un proyecto y no a la caza de aventuras: **«No vuelvas a pecar»**. Y eso es algo nuevo.